

Editorial

*Análisis de la Estructura
del Sector Agua en Nuevo León
y sus Relaciones Intersectoriales.
(primera parte)*

Ramón G. Guajardo Quiroga
Patricia I. García López
página 1

*Bilbao y Monterrey (1870-1914)
Empresariado, industria y desarrollo
regional en la periferia. (segunda parte)*

Mario Cerrutti
Jesús María Valdaliso
página 7

*Facultad de Economía:
a 45 Años de su Fundación*
María Guadalupe Martínez Martínez
página 18

*Índice de precios al consumidor
correspondiente a mayo y
junio de 2002*
página 27

Entorno Económico

Facultad de Economía: a 45 Años de su Fundación



María Guadalupe Martínez Martínez *

Facultad de Economía, UANL

Los Diferentes Directores de la Facultad de Economía a lo largo de estos 45 años:

Ramón Cárdenas Coronado
1957-1958

Consuelo Meyer L'Epée
1958-1963

Eduardo Suárez Galindo
1963-1964
1965-1966

Eladio Sáenz Quiroga
1964-1965
1971

Jesús Rodríguez Muro
1966-1967

Ernesto Bolaños Lozano
1967-1971
1989-1992

Ricardo Cavazos Galván
1971-1972

Francisco Maydón Garza
1972-1977

Arturo García Espinosa
1977-1983

Manuel Silos Martínez
1983-1989

Jorge Valero Gil
1992-1995

Jorge Meléndez Barrón
1995-1998

Pedro A. Villezca Becerra
1998-
Actualmente

A 45 años de la fundación de la Facultad de Economía podemos remontarnos a el día once de Junio de mil novecientos cincuenta y siete cuando en la sesión ordinaria del H. Consejo Universitario por primera vez aparece la iniciativa para crear una escuela de economía y la aprobación de la misma:

Exposición de motivos para la creación de la Escuela de Economía.

El señor Rector expone los motivos para crear la Escuela de Economía con el propósito que empiece a funcionar el próximo mes de septiembre. El Consejo aprueba dicha solicitud y nombra una comisión constituida por los licenciados Federico Páez Flores, Genaro Salinas Quiroga, y el señor Don Ramón Cárdenas, C.P.T., para que elaboren el Plan de estudios de esa futura institución.

Así da inicio la formación de economistas en la entonces Universidad de Nuevo León bajo la dirección de Don Ramón Cárdenas Coronado, primer Director y promotor principal de la idea. En múltiples ocasiones se nos olvida este importante hecho y que fue precisamente Don Ramón quien hace las gestiones necesarias para que la Srita. Consuelo Meyer asesore en las reformas al Plan de estudios original. En una comunicación enviada a el periódico El Norte en fecha 30 de abril de 1984, el mismo Ramón Cárdenas aclara las circunstancias de dicha fundación.

La Facultad de Economía de la Universidad Autónoma de Nuevo León se fundó con fecha 27 de septiembre de 1957, siendo rector de la propia Universidad el Ing. Roberto Treviño González.

El promotor y primer director de dicha Facultad (quien estuvo en funciones hasta el mes de enero de 1959) fue el C. P. Ramón Cárdenas Coronado, Director Fundador también de la Facultad de Comercio (Octubre de 1952) de la misma Universidad y quien fungió a su vez hasta el mes de Octubre de 1962, o sea que

* Profesora de tiempo completo de la Facultad de Economía de la UANL.

fue Director al mismo tiempo de dos Facultades de la Universidad durante un año y cuatro meses.

Al fundarse la Facultad de Economía de la UANL, la Srta. Consuelo Meyer, se encontraba pensionada por el Banco de México haciendo estudios de perfeccionamiento en Santiago de Chile.

A instancias del Sr. Cárdenas ante D. Rodrigo Gómez, Director del Banco de México, por conducto del Lic. Ángel Santos Cervantes, D. Rodrigo Gómez accedió en enviar a Monterrey, a su regreso de Chile, como Consejera Académica a la Srta. Meyer, quien vino a Monterrey a mediados del año de 1958, por cuenta del propio Banco de México, proponiendo en primer término que fueran reformados radicalmente los planes de estudio de la Facultad (los que se habían adoptado inicialmente se habían basado en los de la misma Facultad de la Universidad Nacional Autónoma de México).

La Dirección y la Rectoría consideraron procedente dicha reforma y propusieron al Consejo Universitario los nuevos planes, mismos que fueron puestos en vigor a partir del mes de septiembre de 1958, revalidándose en una mínima parte los estudios que se habían hecho durante el primer año lectivo de la Facultad.

Una vez realizado el cambio y echado a funcionar, inclusive con un plan de becas que por primera vez se ponía en práctica en la Universidad y considerando cumplida ya su misión de “echar a andar” la Facultad de Economía, que él mismo había propuesto que se incorporara a las carreras de la Universidad, el Sr. Cárdenas propuso ser relevado por la Srta. Meyer, quien tomó la Dirección de la Escuela a partir del año de 1959.

Fue muy meritoria la labor de la Srta. Meyer y merece el más amplio reconocimiento y respeto su labor, pero ello no justifica que se desconozca el esfuerzo y la labor iniciales de quienes hicieron posible la fundación de dicha Escuela que por el curriculum y la seriedad de sus estudios, ha sido reconocida como una de las mejores de la América Latina.

Pueden ratificarse los anteriores datos en la propia Universidad, en la misma Escuela y con muchas de las personas que fueron testigo de los acontecimientos (Ing.

Roberto Treviño, Dr. Berni, entonces Director de la Escuela homóloga del TEC, Lic. Genaro Salinas Quiroga y varios de los alumnos de la Primera Generación de la Facultad, actualmente altos funcionarios gubernamentales).

Solicito con todo respeto que en alguna ocasión se aclare la afirmación, tal vez mal informada, que no es la primera vez que aparece en la columna referida (M. A. Kiavelo)

Genaro Salinas Quiroga, fue uno de los maestros fundadores de la Facultad de Economía, en sus diferentes publicaciones sobre la historia de la Universidad de Nuevo León, menciona su paso por la Facultad de Economía, en una entrevista realizada un poco antes de su fallecimiento incorpora algunos elementos nuevos en la fundación de la escuela:

La escuela fue fundada en 1957 por el Contador Público, Don Ramón Cárdenas quien formaba parte del H. Consejo Universitario en su calidad de Director de la Escuela de Comercio y Administración; él inició pláticas con otros miembros del consejo y profesores de la universidad como Oziel Hinojosa, Romeo Madrigal y Genaro Salinas e hizo patente la necesidad de crear una escuela de Economía en Monterrey dada la creciente importancia industrial, comercial y bancaria. Dichas pláticas se efectuaban en su despacho, ubicado en la calle Zaragoza frente al antiguo Cine Elizondo. Una vez formalizado el proyecto, se contactó con la Escuela Nacional de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la cual envió al Economista Ricardo Torres Gaytán para la inauguración de la escuela, la cual inicio actividades en la Casa de las Águilas, por la calle Morelos con una matrícula inicial de entre 22 y 25 alumnos. Dieron inicio las clases, las cuales se impartían de noche. Don Ramón Cárdenas fue el primer Director de la Facultad pero de carácter provisional ya que no contaba con ningún Título de Economía; sin embargo menciona Don Genaro Salinas, titular de la cátedra de Sociología “Así empiezan todas las cosas, los primeros Generales de la Revolución no eran Generales de carrera, pero así son las cosas”.

A su llegada en 1958, la Lic. Meyer cambió el plan de estudios y pidió la renuncia de la totalidad de la planta de Maestros vigentes (todos ellos de

reconocida calidad en otras áreas) por no ser economistas, sustituyéndolos por “los maestros en dólares” que vinieron principalmente del extranjero. Sin embargo a pesar de la brusquedad de la decisión “pues ella era la dueña del bate y de la pelota” Genaro Salinas reconoce que eso ayudó a elevar enormemente la calidad académica de la escuela, llevando su prestigio a niveles internacionales, y es el primero en afirmar que su labor al frente de la escuela siempre fue excelente.

A su salida de la Facultad, Genaro Salinas volvió a sus cátedras en la Escuela de Derecho de la UANL (de la cual fue maestro decano hasta su muerte), desligándose de la escuela, sin embargo alcanzó a prestarle un servicio mas a la escuela ya que ocupando el cargo de Rector de la UANL en forma interina colaboró para que la facultad obtuviera las actuales instalaciones. El proponía que un aula de la escuela lleve el nombre de Don Ramón Cárdenas Coronado y otra mas el de Don Rodrigo Gómez.

Para enero de 1958 viene por primera vez a Monterrey Consuelo Meyer para platicar con las autoridades estatales y universitarias sobre el proyecto de reformas al Plan de Estudios. En abril 14 de 1958, ya integrada plenamente al proyecto Escuela de Economía, envía un memorando al Sr. Ing. Roberto Treviño González, Rector de la Universidad de Nuevo León donde explica los cambios que propone y que podemos resumir en lo siguientes puntos:

RESUMEN DE LOS TEMAS TRATADOS EN ESE MEMORANDUM.

I.- *Proyectos de reorganización de la Facultad de Economía, de la Universidad de Nuevo León.*

A.- *Redacción de Exposición de motivos y proyecto de Reglamento de la Facultad de Economía.*

B.- *Relación de los proyectos de reorganización de la Facultad de Economía con el plan de estudios en vigor.*

II.- *Medidas que se han tomado o que se proyecta tomar de manera inmediata para adelantar la realización*

de los planes de reorganización de la Facultad de Economía.

A.- *Contratación de maestros para el próximo año lectivo.*

- *Cátedra de Civilización Contemporánea.*
- *Cátedras de Introducción a la Economía y de Matemáticas para Economistas y Elementos de Estadística.*
- *Cátedras de Contabilidad e Inglés.*

B.- *Iniciación de gestiones relativas a la concesión de becas.*

1. *Becas para futuros maestros de la Facultad de Economía.*

a) *Maestros de Economía teórica y aplicada.*

i) *Beca para el Sr. Bernardo Nuñez;*

ii) *Beca para el Sr. Manuel Rodríguez Cisneros,*

b) *Maestros de Matemáticas y Estadística.*

i) *Beca para el Ing. Eladio Sáenz;*

ii) *Becas para el Ing. Rafael Serna y el Sr. Romeo Madrigal.*

2. *Beca para bibliotecario.*

Becas para los alumnos de la Escuela Piloto de la Facultad de Economía.

C.- *Iniciación de los trabajos para la formación de la biblioteca de la Facultad de Economía.*

D.- *Obtención de algunos datos estadísticos acerca de la enseñanza de la Economía en el país.*

III.- *Otros asuntos: posibilidad de establecer una "Depository Library" de publicaciones de Naciones Unidas en la Biblioteca Universitaria.*

Así Consuelo Meyer L'Epée da inicio a ese proyecto de escuela de economía original para México y Latinoamérica en septiembre de 1958. Ella acertadamente dirige los primeros esfuerzos de nuestra escuela y en sus propias palabras se presentan “Algunas remembranzas de los

comienzos de la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma de Nuevo León” escritas en marzo de 1993

“Me encontraba en Santiago de Chile, comisionada por el Banco de México para hacerme cargo de un curso de Análisis Económico en un centro interamericano de educación superior, cuando, en noviembre de 1957, fui invitada por el Director del Banco, Don Rodrigo Gómez, para reintegrarme a esta Institución (a la que serví 30 años a partir de 1943) para recibir otra comisión, la de dedicarme a la enseñanza de la economía en Monterrey, N.L.

En esta ciudad se acababa de fundar la Facultad de Economía de la entonces Universidad de Nuevo León a instancias del C.P.T. Ramón Cárdenas, a la sazón Director de la Facultad de Contaduría y primer Director de la recién creada dependencia universitaria.

Esta había sido fundada siguiendo fielmente el modelo de la Escuela Nacional de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, misma que entonces funcionaba con un recargado plan de estudios cuyas numerosas materias eran impartidas por profesores contratados por hora, un gran número de alumnos admitidos sin más requisito que un promedio mínimo de calificaciones del ciclo preparatorio y una biblioteca pobre y mal atendida que apenas frecuentaban maestros y estudiantes; todo ello en un ambiente dominado por una sola ideología, la marxista. Pero a estas condiciones tan propicias a la holganza, se añadía, en el caso de la nueva institución de la Universidad de Nuevo León, una agravante muy significativa: la universidad neoleonesa no contaba entre su profesorado con un solo economista.

De aquí el llamado urgente de la Rectoría al Director del Banco de México, originario de Linares, N.L., para que facilitara en alguna forma los servicios de uno o dos economistas para continuar los trabajos de la nueva entidad de la Universidad.

Yo era egresada de la Escuela Nacional de Economía (1946), donde me sorprendió la laxitud de los estudios (antes, buscando mi verdadera vocación, había llevado algunos cursos mucho más rigurosos en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, la Facultad de Filosofía y Letras y la Escuela Nacional de Antropología,

sucesivamente), pero sentí que esta flojedad de las labores académicas con horario vespertino me convenía en ese entonces porque permitía trabajar y "hacer una carrera" simultáneamente. No comprendí todo el daño que me hizo no dedicarme de lleno al estudio, superando las escasas exigencias de la Escuela, sino hasta que me encontré siguiendo cursos de postgrado en la Universidad de Londres, becada por el propio Banco de México, y conocí algunas instituciones de enseñanza profesional en otros países.

Por esta razón, aun antes de dejar Chile para regresar a México, me entusiasmó la idea, no simplemente de impartir cursos de economía en Monterrey, sino de aprovechar la coyuntura de la reciente fundación de la Facultad para contribuir a la formación de lo que podría ser una de las mejores escuelas de economía del país y aun del ámbito latinoamericano.

Todavía en Santiago, conversé sobre este tema con distinguidos economistas de la CEPAL, la Universidad de Chile y otras entidades, recibiendo interesantes opiniones y valiosa información acerca de posibles fuentes de ayuda internacional para la educación superior en la región. Con éstas y, naturalmente con las ideas que me sugería mi propia experiencia, armé desde entonces un proyecto de Facultad que poco después, ya en México, habría de completar el ilustre polígrafo Don Daniel Cosío Villegas, poniendo a mi disposición el resultado de sus sesudas reflexiones y el plan de estudios que había madurado tiempo atrás para la enseñanza de la economía en América Latina.

Mi proyecto casi carecía de originalidad; la novedad consistiría en ponerlo en práctica en México, en una escuela de provincia y conseguir los medios requeridos para ello.

En esencia, se trataba de crear, partiendo de circunstancias sumamente precarias, una planta de profesores de tiempo completo, bien remunerada y de comprobada competencia; de establecer un procedimiento idóneo para la selección de los estudiantes y comprometerlos a dedicarse exclusivamente al estudio (con la ayuda de becas en la medida de lo posible), en seguir un plan de estudios concentrado en pocas pero bien enseñadas materias, formar una buena y debidamente administrada biblioteca, y en el cumplimiento estricto de los programas de cursos,

calendarios y horarios de trabajo.

En cuanto los medios para realizar este proyecto, habría que recurrir a numerosas fuentes de ayuda: recursos financieros de entidades nacionales y locales, programas de cooperación cultural y de ayuda financiera exterior, oficiales y privados, “préstamos” de personal calificado de dependencias gubernamentales o universidades, etc.

Don Rodrigo Gómez aprobó entusiastamente este plan general y ofreció ayuda del Banco de México adicional al costo de mi comisión; por su parte, don Daniel Cosío Villegas, primeramente muy sorprendido por mi interés en el asunto, decidió ayudarme no sólo con el plan de estudios que me sugirió y al que hice ligeras modificaciones, sino aceptando, en principio, la posibilidad de ejercer una dirección honoraria de la nueva Facultad, para darle lustre, y dándome sabias orientaciones.

Así estimulada, hice mi primera visita a Monterrey en enero de 1958 para entrevistar al Gobernador del Estado, al Rector de la Universidad de Nuevo León y al Director de la Facultad de Economía y conocer ésta y la Ciudad. El proyecto fue muy favorablemente acogido por las autoridades y quedaron convenidos, en términos generales, los apoyos que recibiría para desempeñar mi comisión.

Formalizada mi colaboración con la Universidad de Nuevo León, inicié a mi regreso a la Capital mis primeras gestiones solicitando la asesoría técnica del distinguido economista Víctor L. Urquidi, quien se encontraba en Washington, por lo que no habría de acceder a mi petición sino varios meses después; entablé pláticas con numerosas personalidades de instituciones nacionales de crédito y de los medios académico y oficial, encontrando en todas partes simpatía para el proyecto pero muy limitadas posibilidades de ayuda y nulas las de comisionar a un economista competente que asumiera la responsabilidad de dictar el curso introductorio de economía.

Pero sí obtuve del Banco de México un primer donativo de \$20,000 en efectivo para la compra de libros, así como duplicados de su excelente biblioteca, la promesa de que se comisionaría a la Sra. Beatriz Gil, bibliotecaria profesional, para organizar la todavía inexistente de la Facultad, y la muy importante de que el Banco financiaría el sueldo de un profesor de tiempo completo para uno de los cursos.

Radicada en Monterrey en marzo de 1958 en compañía de dos familiares sin cuyo sostén me habría sido imposible cumplir mi cometido, trabajé en las oficinas de la Sucursal de mi Banco en virtud de que la Facultad carecía de local propio. Una de mis primeras y mayores preocupaciones se relacionó con la implantación de un novedoso curso que habría de titularse Evolución de la Civilización Contemporánea.

Era ésta una de las partes más ambiciosas del programa de trabajo: una adaptación para estudiantes latinoamericanos de una afamada Introducción a la Civilización Contemporánea en Occidente de la Universidad de Columbia, basado en una cuidadosa selección de lecturas tomadas de las obras de más de 70 grandes pensadores, desde la antigüedad clásica hasta mediados del siglo XX, e impartido con el método de debate, desconocido en nuestro medio académico.

Este curso sería una introducción general al estudio de las ciencias sociales no sólo en la Facultad de Economía, sino posiblemente en otras dependencias universitarias.

Vivamente interesado en este curso, el Rector de la Universidad de Nuevo León, Ing. Treviño, invitó al director del curso en Columbia University a visitar Monterrey. Con él se discutió ampliamente la naturaleza de las adaptaciones pertinentes y las características del maestro que debería impartirlo. Aprobada su instauración en la Facultad de Economía para el año lectivo 1958-59, hubo necesidad de realizar un trabajo abrumador en pocos meses.

Bajo los auspicios del Lic. Cosío Villegas, miembro y después Presidente de El Colegio de México, se pudieron utilizar las instalaciones de esta última institución en la Capital para iniciar las labores preparatorias. El Banco de México financió la traducción de cientos de páginas de obras en varios idiomas (incluso latín), la búsqueda y recopilación de nuevos materiales, el trabajo de mecanografía, etc., que se hicieron a marchas forzadas para tener lista una versión preliminar de los textos en septiembre de 1958.

También hubo necesidad de desplegar esfuerzos para localizar y conseguir la colaboración de un maestro capacitado para impartir el curso en español, incluyendo

un viaje a la Universidad de Puerto Rico en el mes de mayo, y para la obtención de fondos de la Fundación Rockefeller a fin de remunerarlo con un sueldo que resultó ser necesariamente superior al percibido por el propio Rector de la Universidad de Nuevo León y que esta institución no estaba en condiciones de aportar.

Aunque el trabajo para organizar los otros cursos de este primer año de actividades fue menos arduo, se laboró con gran tesón en la preparación de cada uno de los programas de las cuatro materias restantes (cinco en total por año académico); en la adaptación del local que había dejado vacante la Facultad de Contaduría al trasladarse a la flamante Ciudad Universitaria y en la organización de la biblioteca, que si bien empezó a funcionar con los procedimientos y la ayuda técnica del Banco de México, tuvo que alojar su primer y modesto acervo (en parte prestado por mí y algunos profesores) en librerías improvisadas con tableros y ladrillos sueltos, para dar preferencia en el uso de los escasos fondos disponibles a la adquisición de sillas y mesas de lectura.

Los maestros -particularmente los extranjeros, no acostumbrados a tanta penuria - financiaron de su propio peculio parte de los gastos de acondicionamiento del edificio, pues aún los gises y borradores de pizarrón debieron salir de mi bolsillo al iniciarse las clases.

Pero todos estos afanes habrían sido inútiles sin la comprensión de los más de 60 alumnos que habían cursado el año lectivo 1957-58 con el plan de estudios tomado de la Escuela Nacional de Economía. No fue tarea fácil convencerlos de que les convenía renunciar a los créditos así obtenidos para reiniciar sus estudios con el nuevo programa de trabajo.

Como la Facultad funcionó ese primer año únicamente con horario vespertino, se habían inscrito muchos estudiantes que trabajaban y tenían obligaciones de familia y, naturalmente, se mostraban reacios a perder su año escolar y a plegarse a las mayores exigencias del nuevo plan de labores. Finalmente fueron persuadidos, y así se pudieron iniciar los trabajos del año académico 1958-59, con horarios matutino y vespertino. Este último desapareció más adelante.

Al finalizar el primer año de actividades con el nuevo programa, se pudo comprobar con satisfacción que se había

cumplido cabalmente, día por día y hora por hora, con el currículum proyectado. La Facultad fue el único centro de estudios de la Universidad de Nuevo León, y tal vez del país, que obtuvo este logro, no obstante que los programas de algunas materias requerían un esfuerzo excepcional en nuestro medio, como el de matemáticas, de nueve horas por semana (tres de clase teórica y seis de ejercicios o laboratorio, como regla general), así como la adaptación de los estudiantes al método de debate del curso de Civilización Contemporánea, también excepcional en nuestras universidades.

De ahí en adelante, hasta el año escolar 1962-63 (yo me había comprometido conmigo misma y con nuestros patrocinadores a colaborar con la Facultad hasta la salida de la primera generación de egresados, es decir, casi seis años), nunca cesó el esfuerzo para continuar y mejorar el trabajo académico y constituir una planta de profesores mexicanos preparados ad-hoc.

Año tras año hubo de renovarse la difícil tarea de seleccionar y contratar maestros extranjeros de gran competencia para impartir los nuevos cursos mientras se preparaba a los nacionales para asumir estas responsabilidades en prestigiados centros universitarios de América Latina y Estados Unidos; también perduró la necesidad de vencer las dificultades, que constantemente planteaba la escasez de fondos, obteniéndolos de instituciones tales como el Banco de México, la Nacional Financiera y el Banco Nacional de Comercio Exterior, en México, y de entidades extranjeras o internacionales, privadas y públicas, como la Fundación Rockefeller y la Fundación Ford -que se mostraron sumamente generosas-, el llamado "Punto IV" y otros programas de ayuda exterior del gobierno de Estados Unidos, de la UNESCO, la ONU, el acuerdo cultural con Holanda, los programas de becas para extranjeros de algunas universidades norteamericanas, y otros más (solamente las empresas privadas del Estado de Nuevo León fueron sordas a nuestros llamados); gestionar y obtener autorización del gobierno federal para la internación en el país de cada uno de los profesores extranjeros; elaborar programas y materiales para cada nuevo curso -algunos de ellos totalmente novedosos, como el de Historia Económica de América Latina-; aumentar continuamente el acervo de la biblioteca para darles servicio y conseguir recursos financieros y materiales para trabajos de campo (los alumnos de la tercera generación, por ejemplo, emplearon

sus vacaciones de verano en recorrer el Estado de Nuevo León y levantar el inventario de la infraestructura pública de las cabeceras municipales y otras localidades menores, y todo el alumnado colaboró en la realización de encuestas de ingresos y gastos de los hogares regiomontanos, de la primera encuesta sobre empleo, y desempleo que se efectuó en la República, etc.).

Entre los hitos de la historia de la Facultad de Economía en esos primeros años cabe mencionar la creación del Centro de Investigaciones Económicas (muy recomendada e impulsada por don Víctor L. Urquidi) en 1960, que si bien se fundó como entidad autónoma, aunque estrechamente ligada a la Facultad, dependió de ésta para obtener sus recursos financieros, de personal, mobiliario y equipo y aun el local donde habría de alojarse, todo lo cual obligó a la Dirección entonces a mi cargo a redoblar los esfuerzos para allegarle los medios indispensables para el buen desempeño de sus labores.

Entre las finalidades más importantes del nuevo Centro, la Facultad persiguió las de que el Profesorado nacional y extranjero dedicara parte de su tiempo a la investigación de la estructura y funcionamiento de la sociedad y la economía del Estado de Nuevo León y de otros Estados del Noreste de la República para retroalimentar e ilustrar los cursos teóricos, la de familiarizar al alumnado -preparado sobre todo por profesores y con textos extranjeros- con la historia social y las condiciones locales, dar empleo a estudiantes que tenían necesidad de trabajar y lo hacían en áreas ajenas a sus intereses profesionales, alentar la producción de libros de texto basados en la situación económica de nuestro país y, en general, servir a las necesidades de las autoridades políticas y del sector privado de la comunidad neoleonesa, especialmente a la industria, principal actividad económica del Estado.

No todos estos desiderata se vieron coronados por el éxito, siendo la falla más lamentable la elaboración de libros de texto vernáculos, falla que perdura hasta esta fecha en la esfera de la economía.

Pero bajo la dirección del Lic. Manuel Rodríguez Cisneros y con la colaboración del personal docente de la Facultad, el Centro produjo en sólo dos años el primer estudio técnico de la estructura económica del Noreste del país, que mereció el segundo lugar del Premio Nacional de Economía instituido por BANAMEX, y más adelante

auspició otros estudios, más personales, que también se hicieron acreedores a igual distinción, como los del profesor Romeo Madrigal sobre demografía de la región noreste de la República, y del ex-alumno Jesús Puente Leyva acerca de la distribución del ingreso en Monterrey.

Otro acontecimiento que entonces prometió tener señalada proyección (y que la ha tenido mucho menor de lo que yo esperaba y el proyecto merecía y merece aún) fue la integración del Comité Editorial de los materiales del curso de Evolución de la Civilización Contemporánea con profesores mexicanos presididos por el joven intelectual Arturo Cantú y formado por entusiastas profesionales, entre quienes recuerdo particularmente al caballeroso Lic. Lucas de la Garza.

Este Comité preparó en un par de años la edición preliminar (que quedó en eso: en preliminar) de dichos materiales en 24 volúmenes publicados con el auxilio del modesto mimeógrafo de la Facultad, que hubo de darse abasto para reproducir 1000 ejemplares (unos tres y medio millones de páginas) en papel donado por la. PIPSA y llegado a Monterrey en furgón de ferrocarril.

También fue un evento significativo el otorgamiento que hizo la Organización de las Naciones Unidas de una "biblioteca de depósito" a la biblioteca de la Facultad de Economía. Esto quería decir que nuestra biblioteca, la primera de la Universidad de Nuevo León en contar con un bibliotecario profesional en la persona del joven abogado Ario Garza Mercado, recibiría gratuitamente un ejemplar de todas las publicaciones de la citada Organización en las materias pertinentes, singularmente en economía.

La Facultad se convirtió así en la tercera escuela profesional de economía del mundo en recibir esta distinción -las otras dos eran a la sazón la London School of Economics (mi segunda alma mater) y la escuela de economía de Nueva Delhi, India.

A esta concesión siguieron después las de otras bibliotecas de depósito: de la Organización Internacional del Trabajo, la Organización de Estados Americanos, etc., que enriquecieron el acervo de materiales bibliotecológicos.

En el segundo edificio que ocupó la Facultad, en las calles de Abasolo, se construyeron por primera vez cubículos para los profesores de tiempo completo con aire

acondicionado y se asignó a la biblioteca, dotada ya de mobiliario y equipo apropiados, un amplio espacio para que funcionara satisfactoriamente con estantería abierta a los usuarios.

También se estableció legalmente una pequeña librería, la Librería del Economista, que facilitó a los miembros de la Facultad la adquisición de libros con grandes descuentos y, principalmente a iniciativa de los estudiantes, se instaló una pequeña cafetería con el rótulo de La Bolsa de Valores. En cuanto al alumnado para el cual se trabajaba afanosamente, se establecieron más rigurosos requisitos de admisión, entre los que figuraron una entrevista personal conmigo y con personal docente y una prueba de aptitudes académicas, entonces desusada en el país; se estableció contacto directo con los padres o tutores mediante informes mensuales acerca del desempeño de los estudiantes, con sugerencias para mejorarlo constantemente.

Se obtuvieron, al principio con gran dificultad, fondos para becar a estudiantes distinguidos o necesitados de ayuda económica, que se iniciaron con estipendios muy modestos, pero que constituyeron un estímulo a su trabajo. Se formaron grupos pequeños para cada curso a fin de propiciar el diálogo y el intercambio entre profesores y alumnos, siempre tratando de elevar al máximo posible el aprovechamiento de la enseñanza, y se allanó el camino para que, una vez terminados sus estudios en Monterrey, los prosiguieran a nivel de postgrado en centros de estudio del extranjero.

Hasta el momento en que abandoné la Dirección de la Facultad, mis gestiones iniciales para lograr este fin se encaminaron preferentemente a entidades latinoamericanas (CEPAL, Centro Latinoamericano de Demografía - CELADE- y Centro Interamericano de Enseñanza de Estadísticas Económicas y Financieras), consciente de que la preparación de los estudiantes bajo el cuidado de profesores norteamericanos, aunque también de Argentina, Brasil, Chile y Francia, adolecía de una unilateralidad que no fue posible evadir entonces y que hasta la fecha priva en la Facultad y en las mejores escuelas profesionales del país.

Pero también gestioné una beca de larga duración (cuatro años en la Universidad de Yale), nunca antes concedida por el Banco de México, para que uno de los mejores alumnos de la Facultad, el Lic. Eduardo Suárez,

entonces considerado como mi posible sucesor en la Dirección, realizara un excelente doctorado, esperanza que no se vio cabalmente cumplida por circunstancias personales del becario.

En lo que **fallé deliberadamente** (independientemente de otras muchas fallas que sin duda tuve) fue en tratar de proporcionar a la Facultad y al Centro un local apropiado para su futura expansión. Digo deliberadamente porque rechacé el generoso ofrecimiento de la Rectoría de la Universidad de construir el local de la Facultad en la Ciudad Universitaria hacia 1959 o 1960.

“Mi propósito fue demostrar que una buena escuela universitaria no es la excelencia y amplitud del edificio que ocupa, sino el cuerpo docente y el alumnado de tiempo completo, un plan de estudios que permita estudiar a fondo las materias fundamentales para ampliarlas posteriormente y una biblioteca capaz de promover las aspiraciones intelectuales de maestros y alumnos, todo ello congregado por una administración no empeñada en servirse o figurar, sino en servir a los mejores ideales académicos”.

Como primer resultado de los empeños de autoridades, patrocinadores, consejeros y colaboradores y de mi propio esfuerzo, la Facultad recibida en 1958, que alojaba en un solo salón del antiguo local de la Facultad de Contaduría a unos 60 estudiantes enseñados por profesores contratados por hora y cuyo presupuesto anual era de \$26000, a mi renuncia a la Dirección, había 150 alumnos escogidos, dedicados únicamente a estudiar y a cuya educación se encontraban consagrados 22 profesionales de tiempo completo entre profesores, investigadores y personal técnico de la biblioteca y de la secretaría, con un presupuesto de más de \$ 5 000 000 anuales y un sistema de becas para todos ellos, y cuyo funcionamiento fue reconocido como ejemplar por la Comisión tripartita de la ONU, CEPAL y OEA que visitó expresamente los países de América Latina para informar sobre el estado de la enseñanza de la economía en la región en esa época.

En el ocaso de mi vida, sigo, hasta donde me es posible, con gran interés y complacencia el resultado de aquel lejano

esfuerzo: la exitosa trayectoria de los antiguos alumnos de la Facultad como maestros, investigadores, políticos, embajadores, legisladores, funcionarios y asesores de entidades públicas y privadas, periodistas, ejecutivos de empresas y, en suma, hombres y mujeres útiles a la sociedad y a sus familias.

Al pergeñar estas líneas a solicitud de un amable ex-alumno, quizá las últimas que escriba, sé que mi endeble memoria, ya sin el auxilio de documentos y papeles que destruí por considerarlos ahora inútiles, ha dejado escapar nombres y hechos de generosos patrocinadores y leales colaboradores en el magisterio y la administración, con quienes la Facultad estará siempre en deuda.

Lo que nunca esperé y aprecio conmovida, es que a la distancia de los años, algunas autoridades, antiguos maestros y no pocos ex-alumnos recuerden mi nombre y mi colaboración con la para mí inolvidable Universidad Autónoma de Nuevo León, tal vez porque ésta fue hecha más a impulsos de mi corazón que de mi limitada cabeza. A todos ellos les expreso mi profundo agradecimiento.”



Ramón Cárdenas Corona-



Consuelo Meyer L'Epée



Genaro Salinas Quiroga